

tes intelectuales el pensamiento sea medularmente cristiano. Las apariencias exteriores, aun de buena voluntad, no pesan nada. Y en esta obra el ejemplo de Contardo Ferrini es decisivo.

La vida del gran romanista italiano ofrece demasiadas facetas relucientes para poder mostrarlas de manera sustanciosa en un resumido esquema. Mas cualquier faceta de una vida—mucho más de una vida que haya alcanzado las cimas de la santidad—no se explica sin una visión integral de esa misma vida o, por mejor decir, si no se halla la razón última que impulsa a obrar.

Por eso queremos ofrecer, siquiera fugazmente, una visión casi panorámica de la vida de Contardo Ferrini, fijándonos de un modo especial en su magisterio universitario, no como investigador, sino en su terca cotidiana cerca de los alumnos, ejemplo capaz de guiar derechamente los pasos de quienes se hallan consagrados a la misión altísima de educar a la juventud.

Y para iluminar esa visión, pretendemos alumbrarla mostrando el espíritu que animaba a Contardo Ferrini.

Todas las pinceladas de su obrar están coloreadas por una clara luz sobrehumana que las vivifica y sublima. Si Ferrini investiga y estudia, si en su cátedra es un guía fecundo, si se esfuerza por ayudar a todos, si de la vida familiar y de la amistad hace un culto, si vive con verdadera austeridad, si permanece en su celibato, si interviene en la vida pública, si se dedica con apasionamiento al alpinismo, no lo hace por motivos simplemente humanos; no es sólo la *bondad natural* la que actúa ni es sólo el propio placer lo que con ello busca. Contardo obra por un motivo hondamente sobrenatural; es el anhelo incontenible de seguir las huellas del Maestro.

El móvil de la conducta de Ferrini

El observador superficial no acierta a ver los móviles íntimos de la conducta del santo. Mas cuando se mira con ojo penetrante, la explicación aparece clara y sencilla.

Un alumno de Ferrini, después monje benedictino de mérito científico, el P. Vismara, nos dice que en el trato con su maestro no se dió cuenta de hallarse frente a un santo; sólo admiraba al hombre de profundo ingenio. Y es que, añade el P. Vismara, para conocer al hombre de Dios es preciso que nuestro espíritu no esté tocado por la frialdad o, peor aún, por la indiferencia.

Precisamente por ello, la mirada limpia y encendida de otro

